

# La tierra: objeto de disputa

---

ARTURO ALAPE

## EL INMENSO CADÁVER INSEPULTO

“ Cuando la hormiga que guía la horda de legionarias se desvía del rumbo en el incansable viaje por la selva, la travesía comienza a volverse circular y la distancia entre una y otra se va acortando en un sonsonete acelerado. El fétido olor de los orines, que va esparciendo en el aire la legionaria guía, enlaza la devastadora marcha que nada la detiene en sus incontrolados ímpetus. En el afán por no desprenderse del agitado movimiento descansan las terribles mandíbulas enseñadas a destrozarse lo que encuentren de camino: enormes troncos, una gigantesca piedra y, en un santiamén desnudan la hojarasca de cientos de árboles y dejan en físico esqueleto al jaguar recién muerto. Las ciegas legionarias de nacimiento continúan con el rumbo perdido que sólo existe en una oscura morada y cambia todas las noches, tiempo justo y preciso para la puesta de sus huevos y el nacimiento de sus hijos que, ciegos de nacimiento, pueden percibir el mundo a oscuras como una gran mole de carne maloliente o un enorme trozo de árbol caído.

Aumenta el ritmo endemoniado de la legionaria guía y el círculo se cierra, como si fuese trazado por un lápiz de punta gruesa en el aire. A ras de tierra, entre curvas de enredaderas y las raíces que emergen, se siente el extraño temblor de un corazón herido y agónico en las entrañas de aquella absoluta oscuridad que corre enloquecida. El tropel legionario se agita tembloroso ante la voz del presagio, pero no se detiene en la carrera incontrolada. El fétido olor de los orines se vuelve envolvente, como nudo de sogas que sutil ahoga el cuello.

La guía triplica el paso al achicar el oscuro círculo de la travesía y miles de legionarias chocan entre ellas, se rompe el equilibrio en la distancia preconcebida, las que quedan lisiadas y heridas en tierra sirven de puente para que pasen las otras y la carrera se convierte en un enjambre de delgadas y asustadas antenas que se enfrentan

con fiereza en el mundo subterráneo de la hojarasca podrida por la humedad de la selva. El anuncio de la debacle de aquel círculo misterioso se define de manera dramática cuando la hormiga guía es alcanzada por la desesperada horda que la aplastan en el brutal tropel, para continuar en la desesperanza de no poder alcanzar la oscuridad del sitio anhelado de llegada. La marcha pierde el faro de la guía, desaparecen las reglas impuestas por la naturaleza y, surge el festín de la muerte como silbido del disparo certero de arma corta. En aquel fatal círculo la oscuridad de los ojos deja de correr, se estrella ante los cuerpos tambaleantes, por instinto se destrozan a dentelladas en una despiadada carnicería y despierta la ansiedad del hambre milenaria en miles de legionarias que se matan entre sí, se devoran entre sí, como si se tratase de la última batalla escrita sobre la Tierra. El final del círculo es un enorme y curvo cadáver, entrelazado por finas antenas, delgadas patas y feroces mandíbulas y el fétido olor a orines se prolonga en el olor a carne en descomposición, el olor se dispersa al escucharse en la selva, el silbido de los cuatro vientos.

Después del asesinato de Gaitán, en la extensa geografía del país, se configuró, gracias a las manos del hombre, horda de feroces legionarias, un enorme cadáver que fue creciendo hasta parecerse en su amarillenta piel a una descomunal montaña, rodeada de enflaquecidos ríos que corren ahogándose por falta de respiración. Un cadáver crecido en malezas y musgos, cincelado por el tiempo que mide su andar en penosos días.

La violencia partidista de conservadores contra liberales que adquirió ribetes delirantes a finales del año 47 y comienzos del 48 y se afianzó como peste ambulante en los dos primeros años del gobierno de Laureano Gómez, hizo posible que sobre el territorio colombiano emergiese la figura de aquel inmenso cadáver, insepulto sin que nadie pudiera, incluso hoy, realizar el levantamiento legal y luego practicar la autopsia reglamentaria. Un enorme y extenso cadáver pudriéndose, descomponiéndose, en últimas convertido por la saña del tiempo, en línea fronteriza de huesos dispersos. Por razones de poder y políticas sectarias se transfiguró la serenidad en el semblante del país y el país cambió en su pensamiento, en su pulso y forma de caminar y la muerte abandonó su antiguo vestido que engalanaba la muerte natural por el ropaje de la muerte violenta". (Fragmento de mi novela en proceso de escritura *Huellas en la niebla*).

Ese cadáver insepulto tiene una larga historia en la disputa y posesión del cuerpo de la tierra.

#### MIRADA DEL SEÑOR FEUDAL

El señor feudal, como si se tratara de un ritual, subía sobre la piedra más alta de sus dominios, lanzaba la mirada y en éxtasis de posesión exclamaba a los cuatro vientos:



“Las tierras que ven mis ojos entre los dos filos son de mi pertenencia. El mapa de ríos, deslices naturales, el aire, la lluvia, el sol que se aposenta como sombra de los árboles, son míos, porque en mi poder tengo la propiedad escrita en papel sellado con la firma de mis antepasados y por las leyes y sellos legalmente reconocidas. Si alguien osara enfrentarse al documento escrito, la osadía la pagará con el destierro o la aplicación de la muerte...”

Entonces el señor feudal ampliaba con cercas y sellos oficiales los nuevos dominios ampliados y poseídos por su penetrante mirada. En las grandes haciendas de entonces, la Ley que establecía el señor latifundista era su propia Ley. Lo que caminara sobre sus territorios, hombres, mujeres o animales eran de su disfrute y usufructuario. La lascivia de su mirada la gozaba con la rigurosa aplicación de la llamada Ley de Pernada: la iniciación a la fuerza en las artes del cuerpo a la hija del siervo; al día siguiente el señor feudal colgaba una sábana ensangrentada, señal inequívoca de una intensa noche de desfloración.

En los comienzos del Siglo XX la historia de la tenencia de la tierra en el país, cambia radicalmente por un factor de tipo jurídico: la Ley 200 de tierras, que en 1936 buscaba en esencia esclarecer jurídicamente los territorios baldíos de la nación, territorios que ya habían sido usurpados por la implacable ansiedad de los latifundistas. La Ley 200 de tierras produce una inmensa discusión, le abre los ojos a los campesinos. Es una propuesta de modernización del mapa de la tenencia de la tierra.

La Ley 200 de tierras es acogida por una previa sensibilización social del país y esa sensibilización social es la década de los años 20 en el encuentro de la lucha de los artesanos y obreros con las figuras de María Cano, de Raúl Mahecha y con la definitiva influencia de la revolución bolchevique. Eran los tiempos reformistas de la Revolución en Marcha.

El país vivía situaciones humanas que debían conocerse y escucharse. Por ejemplo, la situación dramática de semiesclavos en que vivían los campesinos en las grandes haciendas cafeteras, por el yugo de las leyes internas de los latifundios. La Ley 200 impulsa a los campesinos a descubrir un factor legal definitivo que desarrollará sus incipientes luchas; en la recuperación de las tierras baldías de la nación.

En apasionante lectura de los documentos, los líderes campesinos estudian los títulos de propiedad de los latifundistas. Es como si hubiera surgido de pronto, un grupo de sesudos lectores de documentos oficiales. Los indígenas ya tenían esa larga tradición de lectores de las leyes de los latifundistas. Quintín Lame dice que va a combatir a los blancos aprendiendo las leyes de los blancos: la ley divina de la naturaleza, ancestro cultural de nuestros aborígenes enfrentará la ley de la conquista española.



El lector pasa la voz y los campesinos conocedores de los dominios de los latifundistas, vuelven otra vez a caminar sus territorios con una nueva mirada: la comprobación jurídica de aquellos títulos. Entonces, como juegos de la imaginación popular, comienzan las tomas de tierras por todo el territorio del país. Se legaliza el derecho de posesión de la tierra por el artificio del trabajo que de inmediato aprueban los llamados jueces de tierra. Viene lo que se conoce como la lucha legal en los consejos municipales, en el sur del Tolima, especialmente en Chaparral. El hacha derriba los árboles, en los consejos municipales se legalizan el derecho de posesión, umbral para adquirir el derecho de propiedad sobre la tierra.

Entonces el campesino siembra para sí frutos sobre el cuerpo de la tierra. Pero el cuerpo de la tierra vuelve a cambiar de dueño con la violencia partidista en el año 50, año de la revancha latifundista para recuperar la antigua y nueva posesión del cuerpo de la tierra.

#### CONDENA A PERPETUIDAD

“Huir, salvar la vida...huir...”. Dramática voz que ha atravesado y continúa atravesando los confines geográficos del país, desde las tres cordilleras, los piedemontes, de mar a ríos y de ríos al mar, de la selva y llanuras hacia las carreteras y de las carreteras a los pueblos y a las pequeñas y grandes ciudades. Huyen los desplazados por miedo a las amenazas de muerte, huyen por temor de perder sus vidas en una masacre, huyen por miedo a caer asesinados en cualquier atentado a sus poblaciones, huyen por miedo a las torturas, huyen por miedo a las desapariciones, huyen por miedo a los ataques aéreos.

En 50 años de absurda guerra, cientos de miles de muertos que configuran el inmenso cadáver que aún continúa insepulto, y en ese mismo transcurrir de muerte histórica, millones de desplazados. El desplazamiento se ha vuelto como una especie de condena a perpetuidad: en la huida forzada sólo se lleva como piel el peso de la vida; atrás, a las espaldas, quedan sólo imágenes de los sueños nunca realizados y el cuerpo de la tierra abandonado.

Colombia es una dolorosa geografía convertida en cruz por tantas huellas hundidas en sus tierras. Un país de inmensa movilidad humana a la fuerza, su geografía física es hoy por hoy un estallido telúrico de grandes proporciones humanas: para los desplazados dejaron de existir, hace mucho tiempo, las llamadas selvas vírgenes.

En los últimos cincuenta años el desplazamiento campesino ha sido y sigue siendo el conflicto humano de mayores repercusiones en la reciente historia del país. El desplazamiento es y sigue siendo el eje dramático que revela profundamente lo que somos como nación.



El desplazamiento ha sido el eje dramático como confluencia de todas las violencias: la violencia oficial con todas sus características; violencia partidista en función de aniquilar físicamente al otro como contrincante político; violencia social y económica, expresión de la incapacidad de un Estado y una engegueda clase política incapaz de resolver las cuestiones esenciales de la población colombiana que vive en el campo, en situación de extrema pobreza. En el desplazamiento campesino confluye la violencia guerrillera con sus diversos orígenes históricos y sus procesos de deformación de ideales y principios, y su actual prepotencia militarista impuesta por la lógica perversa y criminal de la guerra. En el desplazamiento campesino influye decisivamente el paramilitarismo, con apoyo de importantes sectores económicos y políticos, con apoyo de sectores del Estado y del ejército. El paramilitarismo ha creado una inmensa capacidad criminal para desaparecer la vida, despoblar grandes territorios geográficos e imponer en sus dominios guerra. En el desplazamiento de cientos de miles de personas ha confluído el narcotráfico, hoy el más grande poseedor de tierras, con su enorme y destructivo poder económico y militar.

En el desplazamiento campesino confluyen todas las posibles historias humanas, individuales y colectivas: se vive intensamente la Parábola del Retorno cuando la marcha campesina deja a las espaldas los sueños construidos, la tierra, los bienes de familia, los hijos, las antiguas costumbres; se cambia el sentido de la Vida ya sujeta a una mentalidad perseguida que huye y se conserva gracias al valor individual que tiene como semilla la solidaridad y el desprendimiento humano; cambia el sentido de la Muerte cuando se pierde lo ritual cotidiano del duelo que se expresa en el dolor y la despedida del ser querido; el duelo se preservará como dolor en la memoria de la marcha.

En el desplazamiento, a las espaldas queda como sombra maligna la imagen del territorio abandonado que no huye de la conciencia y por el contrario, se vuelve un permanente llamado de ecos inconfundibles. En la espesura de la montaña, en los escondrijos de la selva, los enmontados construyen el lenguaje del silencio como una tenaz forma de sobrevivencia. Se regresa al habla cotidiana cuando la presencia del enemigo ha dejado de acechar; entonces en la noche se prende la llamarada de fuego para hacer la comida y continuar hablando.

En el desplazamiento, después de un mes o quizá tres meses de marcha, se expresa como ilusión el Sueño de la Tierra Prometida: la vida se juega al juego terrible de la persecución por señalamientos políticos, la vida se enfrenta a una naturaleza inhóspita, en el camino se queda el niño o el anciano cuando no resisten el agotamiento del cuerpo:

“Al partir de nuevo el grupo, Josefa, Mariana y Florinda no dieron señales de



presencia. El viejo Heriberto las buscó en la caleta y, sobrecogido, no quiso darle libertad a su voz: las tres mujeres aferradas a sus brazos, carcomidas por el silencio daban la bendición como última despedida a sus hijos agonizantes que, cubiertos por una sábana blanca parecían estar metidos en un cajón fúnebre. Luego soltaron el llanto con tanta fuerza que la caleta tembló por la tristeza. Le dieron el rostro al viejo Heriberto y en una sola voz le dijeron: “la vida ya no tiene raíces en sus cuerpos. Viviremos para los hijos que tienen la fuerza para vivir...” Entonces, las tres encabezaron la marcha llevando de la mano a sus hijos correlones. Esa tarde llegaron al nacimiento del Río Negro. Narro esto en mi relato “Amor y muerte en la selvas de Galilea”.

### LOS ACTOS DE FUNDACIÓN

En la evacuación campesina se producen los actos de Fundación Humana: nunca se olvida el abrigo del monte o de la selva, en las cortezas de los árboles se dejan señales sobre el cuerpo de la tierra para no olvidar las huellas del regreso; el abierto del caleterío abandonado será en un próximo futuro nueva población; el paso del río que se cruza a la fuerza será otra demarcación territorial; el siguiente desplazamiento será el descubrimiento de la geografía desconocida; y detrás de las huellas profundas de los desplazados, vendrá la poca eficaz presencia del Estado, así como la presencia de la guerrilla, el paramilitarismo y el narcotráfico.

La imagen del pueblo o la ciudad se vuelve un acicate para continuar con la vida en el cuerpo y continuar caminando. En la extenuante marcha se descifran las gestualidades de los rostros del éxodo: rostros del miedo al caminar siempre hacia adelante, mirando por los costados, escuchando los pasos que vienen detrás de las espaldas, manteniendo el sueño ligero para evitar las sorpresas que trae la muerte a cuestas; rostros de la desesperanza como imagen perenne por el dolor que significa la pérdida de las cosas de la vida en las carreras de la huida; rostros de las incógnitas que surgen en ese trajinar incesante en la búsqueda del refugio supuestamente seguro para conservar la vida de todos; rostros de los sueños que tienen como luz la esperanza del retorno un día, para volver a regresar por antiguas huellas y senderos de un territorio nunca olvidado.

Cuando los desplazados llegan a los centros urbanos, ante la mirada atónita de indiferencia de sus pobladores, se convierten en sombras solitarias unidas a su propio miedo que no se puede desplazar de su piel. Son invisibles aunque demuestren su presencia en medio del vocinglerío del rebusque en cada semáforo. Invisibles para los transeúntes, invisibles en las ventanillas oficiales, invisibles ante las posibles y pocas opciones laborales.

En su itinerancia por los centros urbanos los desplazados acomodan el cuerpo



en miserables inquilinatos, y desde la estrechez de la miseria construyen en tres metros cuadrados la ilusión de un pequeño terreno para levantar la vivienda. Todo un valeroso acto de fundación humana:

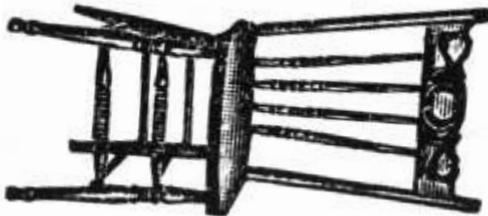
“En Ciudad Bolívar, el primer día que se pensó en sembrar el rancho, un acto de fundación en el que todas las fuerzas familiares se desencadenaban, se dio comienzo a una larga peripecia humana. Antes se había invadido el terreno, comprado o negociado a trueque por electrodomésticos y se había pagado el impuesto al retén de policía para subir los enseres y materiales. A un lado del terreno trazado ya estaban amontonados los materiales de construcción, febrilmente se emparejaba la tierra amarillenta-ocre y rocosa; tierra cercana a industrias ladrilleras y chircales que erosionan cráteres y depósitos de agua que generan problemas en épocas de invierno.

Al terminar de emparejar la tierra, se levantaba el rancho de madera y se cubrían con *paroi*, tela asfáltica, las supuestas paredes y el techo se aprisionaba con el peso de piedras y troncos de madera. Esa noche en la única habitación improvisada, la familia, en un abrazo común de calor, se disponía a la espera del ataque de golpes intermitentes de los vientos cruzados que vienen presurosos del Páramo de Sumapaz.

El silencio se apodera de la oscuridad que impera en el rancho, se prende la llama de una vela y surgen sombras en círculos sentados, crece el murmullo de las confidencias y de los cansancios, las miradas tenues ensimismadas se pierden en el poder hipnótico de la llama que danza en el aire; los “sueños de la vela nos conducen al reducto de la intimidad. Parecería que existen en nosotros rincones sombríos que no toleran más que una luz vacilante...” diría Bachelard. La llama se desploma al doblarse el pabito y un soplo la apaga y el oloroso humo quemado flota como un barco que navega en el vacío”. (“Ciudad Bolívar: la hoguera de las ilusiones”).

Con la suma de la población huidora de la violencia surgen los epicentros de la miseria, epicentros creados y estimulados como patéticas soluciones gubernamentales: las comunas en Medellín, Aguablanca en Cali, Ciudad Bolívar en Bogotá. La miseria atrae como moscas a los nuevos portadores de la miseria, aunque éstos también sean portadores de hermosas historias humanas que narran cómo, ayer y hoy, sus antiguos territorios son ahora geografía de una absurda guerra, horda de legionarias ciegas atormentadas por la perversa lógica de las armas.

En la inmensa lejanía de nuestra geografía surge como recuerdo la inmóvil imagen fotográfica del sueño de la antigua tierra: a ras de la mirada queda el cuerpo de la tierra para sembrar la vida, la tierra-cuerpo para sembrar la muerte.



■ Honoré Daumier 1808-1879

